naciente, no: es preciso fijarse en los distintos matices y en su creciente gradación, porque todos ellos fueron personificados sucesivamente. Era un deber religioso estudiar entonces los menores detalles de los cambios de luz, porque la luz emanaba del sól, y el sol era la manifestación sublime del soplo creador, era un dios vivo y visible. ¡Con qué tenaz respeto observarían aquellos hombres su carrera!

Hércules es la representación de toda ella, no sólo durante el día, sino durante el año. Así, elevándose sobre el horizonte, radiante de luz, vence á su vez á Marte, crepúsculo desvanecido, por su elevación.

Tiene la misma explicación la fábula de los *Aloides* ó gigantes hijos de *Neptuno*, otra forma de sol hundiéndose en el mar, como *Dionyso*, y que es preciso relacionar con los términos egipcios *Nou-Ptha*, espíritu del Occeáno, ó dios acuático. Los gigantes *Aloides* ó *Aloades (Ero-ad-es)* fueron en un principio de seguro, fuerzas solares, principios ó espíritus creadores, que quieren ascender y escalar el cielo con el sol. Más adelante, cuando se hubo olvidado la primitiva y natural teoría de los dioses creadores, por la adoración de la luz, se hizo de ellos una pareja luminosa y matutina, representando el rápido crecimiento y la extensión de la claridad. Por eso se les hacía crecer una toesa, de un año para otro. Sus nombres eran *Otus*, *(At-us)*, y Ephialtes *(Ab-i-er-tes)*. Apolo les mata con sus flechas antes que lleguen á la adolescencia. Es el sol en su apogeo, disolviendo con sus rayos los últimos matices luminosos más débiles, de la mañana. Ellos por su parte, habían ya metido en una prisión de hierro (por confusión de nombres) á Marte. Gracias á su suegra *Ceribea*, *(Ha eri bea)*, que lo advierte á Mercurio, y éste corre á ponerle en libertad.

Es el crepúsculo de la tarde que socorre y da fuerzas al de la mañana, poniéndose en relación seguramente, por el hemisterio inferior.

Hé aquí unos mitos secundarios que pudieran creerse de imposible explicación, y que la tienen sencilla, sin faltar un detalle, con nuestra hipótesis, enteramente ajustada á la interpretación, según el método.

VULCANO Y LOS CABIROS.

Los pelasgos, herederos de las más antiguas tradiciones religiosas, marcaron su estancia en Grecia y Roma con la institución de un culto más puro y primitivo del fuego, renovando las ideas religiosas de fecundidad universal, cuyos símbolos, que hoy nos parecen groseros, pueden verse en Alatri. Su influencia, sin embargo, en las religiones griegas é italianas, acaso no sea tan grande como se supone, y sobre todo, es muy difícil distinguir la parte que de ellos se ha tomado, de la que existía ya en los dos paises, heredada del origen común.

Herodoto (1) supone que fueron los pelasgos los que introdujeron el culto del fuego en Samotracia, y según Dionisio de Halicarnaso, los Cabiros eran divinidades adoradas por ellos. Los Cabiros se relacionan á la religión del fuego porque son nietos de Vulcano. Cuando llegaba su festividad, todos los fuegos eran considerados impuros, y se iba á buscar el fuego puro á Delos. Es verdad que también se renovaba todos los años el fuego de Hestia y de Vesta.

El más antiguo culto de los Cabiros parece estar en Fenicia, y así se explica, que siendo un culto semita, pudieran ser llevados por los pelasgos, á Samotracia,

(1) II.

sus misterios. En ellos se daban á conocer las doctrinas según los grados: en los primeros ó más ínfimos se presentaban los Cabiros como planetas personificados, que aparecían en figura de estrellas ó fuegos bienhechores á los navegantes. Es posible que se creyesen manifestaciones suyas, lo que después se llamó fuego de San Telmo.

En los grados superiores se daba idea de una trinidad compuesta de *Axieros*, *Axiokersos* y *Axiokersa* (1), principios fecundantes que, como se ve, no son más que ligeras variantes de las onomatopeyas. El neófito debía hacer la confesión de sus pecados, sufrir penas severas y sacrificios expiatorios. El sacerdote podía absolver del homicidio, pero no del perjurio, ni de las muertes hechas en los templos.

El nombre de Cabiros apenas necesita explicación: *Cabir*=*Ja-ber*, principios, ó espíritus del fuego ó del calor productor. Es una de las más claras pruebas de nuestra teoría.

Vulcano es de procedencia semítica, considerado en este último término de su evolución, y la mejor prueba también del paralelismo original de los pelasgos y de los hebros.

Esta forma, Vulcano, es hermana de la hebrea *Balcain* ó *Tubalcain;* pero *Thu* es el demostrativo hebreo; el nombre sólo, es *Balcain*. A causa de un error que se explica bien por la confusión de sentidos atribuidos á las onomatopeyas primitivas, el hebreo hizo de *bal*, el soplo, y de *cain*, el fuego, debiendo ser al revés; pero la distinción del significado tradicional de soplo y de calor llegó á ser indiferente en los dos monosílabos, que casi siempre iban juntos. Se sabía que uno significaba calor ó fuego, y otro soplo ó espíritu; mas llegó un tiempo en que no se supo, cuál de ellos expresaba lo uno y cuál lo otro. En la duda, vino la libertad de elección, y la lengua hebrea se equivocó.

(1) Escoliasta de Apolonio de Roda. I. 917.

¿Puede haber un argumento más fuerte en demostración de cuanto hemos dicho, y de la verdadera significación y existencia de las onomatopeyas, que este nombre, *Thubalcain*, y el significado de sus elementos en hebreo?

¡Cuántas etimologías se han dado de Vulcano, sin acertar ninguna! Decían unos que venía de φλέγο y φλοξ, raíz de fulgeo, fulgo, fulmen: otros de *ulkah*, por *Valka*, vocablo usado en los Vedas para expresar las llamas y los resplandores de Agni; ó de Varka=valka de donde se sacaba la etimología de *Lok*, haciendo de él, *Uloki*, dios del fuego, también. El empeño en descifrar el nombre de Vulcano, subió de punto cuando hubo que estudiar el epíteto de *Zeus Velchanos* (Σευς Γελχανος) de Creta, adorado también al pié del Ida en Phæstos, patria de Epimenides, el profeta devoto de Zeus y de Apolo. Este Zeus es representado joven y sin barba, como Helios, sentado en un tronco de árbol, símbolo del desarrollo vejetal, y tiene en la mano derecha un gallo, puesto sobre su muslo. Este gallo es como una manzana de discordia para los eruditos: unos dicen que es simplemente el pájaro sagrado de Helios, que anuncia con su canto la venida del sol; otros, entre ellos, G. Sechi, dicen, que es el intérprete del dios, como podía serlo la paloma en Dodona ó en Ammonion, y como el águila, en la ornitoscospia ordinaria, pero los más prudentes se abstienen, confesando que hay falta de datos para juzgar, mientras no se elucide la etimología de *Vulcano* ó *Velchano*, porque la que se ha dado de *Bel-channan*, ó de ελκω, ελκανω, *elicere*, no aclara nada.

¿Tendremos necesidad de explicar ahora las etimologías de Thubalcain y de Vulcano?

Aunque no sea más que para preparar el camino á los eruditos, diremos, que *Vulcano* y *Balcain* no son más que términos de evolución de la forma onomatopéica primitiva *Ber-jan* ó *Ber-jain*, cuya última espiración se conserva en el eúskaro *Jain*. La forma evolutiva *Bel-kan* da razón de Γελχανυς lo mismo que de *Vul-canus* y *Bal-cain*.

Alguno había atinado, por el hebreo, con que Vulcano debía significar el «soplador del fuego,» y ciertamente, por absurda que parezca la etimología, la verdad es que Bergier se aproximó más que ninguno. Por lo menos dió, sin comprender el alcance, con la significación, aunque mal interpretada, de las onomatopeyas.

El parecido del nombre de Vulcano con el de volcán, *Volcanus*, fué causa del mito de la fragua, del martillo y de los *Cyclopes*, espíritus más importantes de lo que se cree, metidos en el cráter, fundiendo los rayos de Júpiter. Vulcano, como lo prueba el epíteto de *Zeus Velchanus*, fué en el origen un gran dios, creador ó productor. El gallo que tiene encima de su muslo, Zeus, es el símbolo del poder generador y fecundante que tienen todos los dioses onomatopéicos del calor, en un principio; y los *Cyclopes*, compañeros de Vulcano, son también grandes espíritus productores, en vez de miserables y tuertos herreros que las fábulas posteriores, por confusión de palabras, hicieron de ellos.

Se ha escrito mucho de los Cyclopes; pero la etimología más admitida es la que interpetra su nombre Κυκλοπες por κυκλος, círculo, rueda, y ὤΨ, ojo: ojo en rueda ú ojo redondo, que es la de los griegos, y la que dió origen á la fábula de los Cyclopes tuertos ó con un ojo en medio de la frente. Sin salirse de ella, Kuhun y otros etimologistas, procuraron explicarla mejor, valiéndose de una estupenda erudición. Según ellos, el griego κυκλος es el *çakra* sanscrito, del Rig Veda, en que el sol es comparado á una rueda. En zenda, se habla de los rayos de Mitra con su rueda brillante. El sol era considerado como una rueda por los aryas que, al ver que se apagaba todas las tardes, suponían *aranis* de oro en manos de los *Açvines*, ó mejor, el pramantha, porque el sol era *arani* femenino para ellos. Indra se servía del rayo como de un pramantha, para sacar fuego en la rueda del sol. Por eso, el sol es femenino todavía en los idiomas germánicos: «*Die Sonne*.» Esta rueda se convirtió después en carro tirado por los Harites. (*Ha-er?*)

Ixion, enamorado de Hêrê, y engañado por Júpiter, y éste á su vez transformado en cuco, dejándose coger con Hêrê, y obligado á casar con ella, correspondería á *Akshi-van*, el Cushna del Veda, provisto de un ojo ó de una rueda.

La interpretación es exacta en lo que se refiere á Ixion, pero los Cyclopes quedan reducidos en ella á un sólo personaje mítico solar, cuyo nombre, producto de una traducción sin ejemplo, de la palabra *Akshi-van* al griego, no se presta á una explicación satisfactoria y definitiva.

Si el mito fuese de la época en que los griegos y los aryas vivieron juntos, se transmitiría, como se transmitió, en la forma Ixion.

Se había hecho venir también, en un tiempo en que estuvieron de moda las etimologías hebreas, el nombre de Cyclopes, de *chek-loub* ó *sinus Lilibœus*, designando así los habitantes del cabo Lilibœo, hoy cabo Coco, primeros colonos y trabajadores en hierro, de Sicilia. Esta etimología no fué más que un capricho de Bochart.

Otros han hecho venir este nombre, de Kelappah, Klapah, en hebreo, un martillo, que si no da razón del nombre de los Cyclopes, fué causa seguramente, por el parecido, de que se les tomase por herreros, martilladores y compañeros de Vulcano; y prueba además, como veremos luégo, que este mito no pudo menos de haber atravesado una fase semítica, para llegar á tener la estructura que tiene.

Es difícil, sin embargo, explicar este nombre, con más visos de verosimilitud que Kuhun.

Hay una raíz sanscrita, Klp, que significa *crear*. Esta raíz significa crear, porque es una contracción de las onomatopeyas primitivas. Véanse sus fases evolutivas: *Ha-ber*, *Ka-per*, *Ka-pel*, *Kaple*, *Kepl*, y por metátesis, *Klp*, *crear*; significación propia de las onomatopeyas. Si los Cyclopes tuvieron por nombre en un principio, *Ha-ber*, recorriendo esas formas, llegaron sin remedio á *Klep* ó *Klop-e*, lo mismo que, en la evolución de la palabra cabeza, llegaron las onomatopeyas á la forma sanscrita, Kapâla.

Respecto á la primera parte del nombre, *Cy*, es probable que, al atravesar alguna lengua semítica ó anterior á ella, cosa que no pudo menos de suceder viniendo con Vulcano por medio de los pelasgos, debió haberse pegado al nombre *klepe* ó clope, un demostrativo semita, el *Thu*, como en *Thubalcain*, que se convirtió después en *Cy*, de los *Cyclopes*.

Son, pues, los Cyclopes, espíritus del fuego, principios creadores, como Vulcano, pero ¡cuán distinta evolución supone su nombre! ¿Y dónde y cómo se habrán unido á él? Sin duda los pelasgos, cogiéndoles en diferentes centros religiosos, en sus viajes de aventuras, y viéndoles parecidos en sus atributos, los juntaron; pero la evolución sanscrita que revela el nombre de Cyclopes ¿no habrá dejado huellas en ninguna

región del Asia? ¿Y la confusión de su nombre con el klapah, hebreo, no dejaría vestigios?

Hé aquí un nuevo motivo de investigaciones para los sabios.

No se escapó á Hesiodo la importancia de los Cyclopes, cuando les hace hijos del cielo y de la tierra, es decir, que les da el origen más antiguo. Por lo demás, Vulcano debe su cojera á esa palabra *Cloppus*, parecida al término evolutivo de *Cy-clope*, que significa *cojo*. La fábula le aplicó este sentido, teniéndole por el jefe de los *Cyclopes*.

Las confusiones de los nombres κυπρος, el bronce, y Κυπρίς, Venus, *Ares*, Marte, y αρης, el hierro, ¿no habrán sido causa también de toda la fábula del casamiento de Venus con Vulcano, de los amores de aquélla con Marte, simbolizando la unión y el tránsito de la edad del cobre á la del hierro, y de la exposición al público de los dos amantes, como enseñando el secreto de soldar juntos estos dos metales? Diremos que es posible, pero no ha llegado el tiempo todavía de descifrar los mitos secundarios.

Los mitos del fuego han dejado muchas huellas en Italia: los sabinos de Feronia al pié del monte Soracto celebraban una fiesta en que los *Hirpi* (sacerdotes, cuyo nombre se tradujo por *lobo*, no siendo otra cosa que un término sagrado onomatopéico, igual al de los dioses, que ya hemos visto que los sacerdotes se aplicaban ordinariamente) caminaban con los piés desnudos sobre brasas. *Soranus* y *Feronia* eran sus divinidades. El primero ha sido aproximado á *Sûrya*, y es por lo tanto una divinidad, no precisamente solar, sino del fuego: *Su-er-an*. Hemos dicho que *Su* era fuego en eúskaro. Cuanto á Feronia, parece ser una misma cosa con *Phorone*, que según Pausanias, era considerado como el primer hombre y confundido con Pro-

meteo (1). Kuhn cree que se diferencian, y que Prometeo es el pramantha y Phoroneo el pájaro portador del fuego, cuyo nombre, interpretado antes por *ferax*, *fertil*, proviene en su concepto del sanscrito *bhurannyu*, el rápido, que viene de *bhurana*, participio de presente medio de *bhri*, llevar, y que hace φορονεύς, como *avidâniu* se convierte en Ἀϊδονεύς «el que no debe ser visto.»

Nuestros lectores habrán comprendido, al ver lo rebuscado de esta interpretación, la poca solidez que tiene. Ese significado de llevar, no explica nada; ni es ese buen sistema, el de suponer palabras formadas á capricho, dando vueltas á una conjugación; porque es claro que siempre se ha de encontrar algo parecido. Kuhun se ha equivocado por esta vez, sin que esto amengüe en nada el mérito y la autoridad de sus trabajos. *Feronia* y *Phoroneo*, dioses del fuego, deben sus formas á las dos onomatopeyas del calor y de la espiración: *Ber-un-ia*, *Feronia*, *Phoroneo*. Estos nombres de fuego, unidos al de Vulcano y á toda la larga lista de formas en *Er*, *El* ó *Bel* que hemos presentado, teniendo todos, atributos tradicionales de un significado original de fuego, calor, y como consecuencia, de producción, generación ó fecundidad, ¿pueden dejar el menor rastro de duda, respecto al descubrimiento y significación de la onomatopeya primitiva del hervor?

Podrían explicarse muchos mitos por la enemistad y combate, en ciertas religiones, de las onomatopeyas del soplo y del calor. Es indudable que la primera fué descubierta y usada, en el origen, antes que la segunda. No es extraño que algunas tribus, separadas antes del fenómeno observado en el hervor, se resistiesen á admitir estos dioses y estos nombres de nueva creación; pero la raza vital, la raza llamada á poblar el

(1) II. XIX. V.

mundo, es aquella en cuya choza tuvo lugar el hecho prodigioso. Ella, poseedora de la antigua forma, la conglutinó á la nueva, y el germen de todas las mitologías, y, (por qué no decirlo,) de todas las religiones, recibió el impulso evolutivo desde aquel momento.

La lucha entre los dioses del soplo y del calor debió ser larga, hasta fundirse con el tiempo los unos en los otros, y su memoria se conserva todavía en las religiones históricas con la enemistad de los dos hijos de Adam, (del hombre, de la humanidad,) *Caín* y *Abel*, (*Jain*, *A-ber*,) como representantes de los dos grandes bandos enemigos, de la religión del espíritu y de la del fuego. Esta última, la nueva, como sucede siempre, más entusiasta y *fervorosa*, ofreciendo á su dios los más valorables sacrificios, es aplastada y como muerta por la antigua, más fuerte y arraigada en la opinión, pero de fe apagada, y de envidiosas pasiones. No obstante, *Abel* resucita entre los suyos, y Dios pone el sello de su reprobación sobre Caín, que va á habitar entonces á la tierra de Nod, donde se casa. (Génes. IV, 16.) Poco después, cuando el nacimiento de *Enos*, «entonces, dice el Génesis, (IV, 26) los hombres comenzaron á llamarse con nombres de Dios.»

Esto no puede significar otra cosa, sino, que empezaron á distinguirse los hombres por el nombre de sus dioses, lo mismo que después se apellidaron mahometanos ó cristianos, y que la terrible lucha religiosa que había de durar hasta nuestros días, tuvo allí su principio. De este modo se explica que tantos pueblos y paises distintos hayan formado sus nombres con las onomatopeyas divinas. La lucha varió de carácter con el tiempo, y en el transcurso de los siglos, los dioses del soplo y del fuego se mezclaron, lo mismo que las razas.

VERTUMNUS.

Vertumno, según la tradición, es una divinidad etrusca. Este origen fué puesto en duda cuando, al buscar su etimología, se encontró un verbo latino *verto*, yo cambio, que parecía explicar su nombre; pero los grandes atributos de Vertumno, nada tienen que ver con esta idea de cambio, y si alguna vez los romanos le tomaron por testigo de sus compras ó ventas, no fué más que engañados por aquella semejanza. Jamás se ha inventado el nombre de un dios para presidir los pequeños detalles de la vida; sino que dioses, en otro tiempo grandes, se empequeñecieron por una errónea asociación de ideas. Pero Vertumno, por más que su nombre se prestase al error, conservó en Roma los rasgos de su carácter primitivo, y la importancia de su culto resalta bien, en el hecho, de que un *flamin* especial lo presidiese.

Vertumno es un dios del origen, muy anterior, por consiguiente, á la formación del verbo latino *verto;* y esto se prueba, porque es un dios creador, cuyo principal y antiquísimo atributo es operar la transformación de las plantas y convertir la flor en fruto; su segundo atributo, el de presidir las estaciones, no es más que una consecuencia del primero. Los jardineros le ofrecían las primicias de sus *huertos* y le tejían guirnaldas con los brotos de las flores.

Lo mismo su carácter que su culto están conformes en todo, con su nombre: *Ber-t-um-nus*, Vertumnus, espíritu productor.

LA NINFA EGERIA.

El rey Numa, si se ha de creer la tradición, fué uno de esos tipos, inconcebibles hoy, que en todos tiem-

pos tuvieron intimidad con lo divino. Los nombres importan poco á la divinidad, que se revela y conversa con el hombre, bajo cualquiera de ellos. Numa atribuye su inspiración á la ninfa Egeria, como Zoroastro á Ormud, ó Moisés á Jehová; es igual; son hombres que tuvieron el privilegio de vivir en Dios y con Dios. Habitaba Numa retirado en la montaña, cuidando la ancianidad de su padre y entregado á la meditación y al estudio de las cosas divinas, cuando sus virtudes llamaron la atención del rey Tacio que le dió por esposa á su hija Tatia. Viven los esposos felices en la soledad trece años, hasta que ella muere, y Numa, inconsolable, en ese estado de excitación nerviosa que producen las grandes penas, pasa la vida errante en los bosques sagrados y en los lugares desiertos. Marcan bien estas expresiones, las ansias del corazón, que no permiten hacer alto en ninguna parte. Es el estado de espíritu más á propósito para la revelación. El dolor aproxima el hombre á la divinidad. Fué entonces, cuando la ninfa Egeria se dignó entrar en relación con Numa.

Egeria es una *Camena*. Se llamaban así ciertas divinidades sabinas, á las que estaba consagrado un bosque de encinas y una fuente sobre el monte Cœlius. Tito Libio habla de este bosque «regado por una fuente que no secaba jamás.»

Las *camenas* habíanse llamado antes *carmenæ* y *casmenæ*, como la diosa *Carmenta*, otra prueba de la confusión de los sonidos *r* y *s*. Los antiguos vates se llamaban *carmentes*, y el nombre de los versos, *carmen*, *carmina*, que trae la misma evolución, fué en un principio, *Ja-er-men*, es decir, luz, inspiración; después, pensamiento del espíritu divino.

Egeria es *Eg-er*. Nosotros hablamos de ella, porque lleva las onomatopeyas bien distintas y debió haber

sido en otro tiempo, más que una ninfa, el gran nombre de Dios.

El carácter inspirador de las *carmenæ* dió margen á que se atribuyese á una de ellas, Egeria, la inspiración de Numa. ¿No inspiraban ellas también á los poetas, *carmentes?*

AJUS LOCUTIUS.

Otra forma de espiración divinizada se encuentra en el viejo dios *Ajo*, cuyo altar á la salida del bosque de Vesta, rodeado de un recinto sagrado, existía aun en tiempos de Cicerón y Tito Libio. Se le llamaba Ajus *Locutius*, ó Ajo parlante, y presidía las primeras palabras que pronunciaba el niño. Este carácter es altamente significativo en *Aj-us*, pues parece indicar el origen del lenguaje por la espiración, revelando la primitiva tradición, mejor guardada en Roma que en ninguna otra parte. Se decía, que una vez, este dios había denunciado en voz alta, á Marco Cœdicio, que pasaba por el sitio en que después se edificó su santuario, la llegada de los galos, y que por eso se le llamaba *loquens*. Sea lo que quiera, *Aj-us* es uno de los primitivos y antiguos dioses del Lacio, y su sencillo nombre *Aj*, más simple y natural que el de *Jan*, es, á no dudar, seguramente, el primer nombre de Dios y la primer palabra que labios humanos pronunciaron. Por eso preside al primer balbuceo del niño, como desató la lengua del hombre primitivo. Es admirable, que la primer palabra y el primer nombre de Dios sean una cosa misma.

EL ORIGEN DEL LENGUAJE.

En este cuadro general de nombres divinos, que acabamos de presentar, abarcando todos los tiempos y todos los paises, nuestros lectores no habrán dejado de notar la adecuación exacta, perfecta, infalible, de la palabra que constituye el nombre del Dios y de la idea religiosa que con ella se quería expresar. Es esta constante y perpétua coincidencia, la mejor prueba de la verdad del método, y lo que mejor hace comprender, cuán extraviada, sin rumbo, sin objeto y sin plan, había ido hasta ahora la etimología, á pesar de los grandes esfuerzos de hombres eminentes y de la inmensa erudición por ellos desplegada.

Casi ninguno de los grandes problemas míticos y lingüísticos, había podido, en efecto, ser resuelto por el antiguo sistema, circunscribiendo la comparación á una sola familia de lenguas; y á pesar de la luz que la onomatopeya del soplo arrojaba sobre esta clase de estudios, la preocupación era tan grande, y la importancia de la raíz fué tan mal comprendida, que no produjo los resultados que eran de esperar. Aparte de algunos mitos secundarios, de luz, descubiertos por Max Muller, que quedó ofuscado, creyendo poder ele-